

Reseña de Libro “De la violencia a la solidaridad. Claves para la mejora de la convivencia escolar”, de Berenice Pacheco-Salazar.

María-Carmen Boqué Torremorell¹, ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7543-7843>

Recibido: 6/6/2023 Aprobado: 3/07/2023

Cómo citar: Boqué Torremorell, M.-C. (2023). Reseña de Libro “De la violencia a la solidaridad. Claves para la mejora de la convivencia escolar” de Berenice Pacheco-Salazar. *Ciencia y Educación*, 7(3), 91–96. <https://doi.org/10.22206/cyed.2023.v7i3.pp91-96>

El sugerente título “De la violencia a la solidaridad” esconde una reflexión penetrante sobre la vida social en la escuela y, a la vez, lanza una invitación a la lectura directamente dirigida al corazón de educadores y educadoras inconformistas. No en vano el libro se acompaña de un subtítulo revelador: “Claves para la mejora de la convivencia escolar”. En este mismo sentido, llama poderosamente la atención el epílogo que, a modo de conclusión, la autora de la obra, Dra. Berenice Pacheco-Salazar — psicóloga, escritora, investigadora y docente— dedica a reivindicar la intencionalidad y la persistencia como pilares fundamentales para efectuar esa anhelada transición que partiendo de la violencia desemboca en la solidaridad.

El libro, perfectamente estructurado, se divide en cinco capítulos que en base a un enfoque claramente proactivo animan a construir, crear, aprender y crecer tomando como ejes fundamentales el reconocimiento de los elementos clave que configuran la convivencia y la violencia en la escuela, el derecho a participar de la infancia y la adolescencia, la cuestión de la igualdad en la diversidad, el juego y la coeducación. Cabe destacar que el texto está salpicado, como no podía ser de otro modo, del

testimonio real de niños, niñas y adolescentes que dejan su huella y su voz como verdaderos protagonistas de sus vidas y núcleo central de cualquier acción educativa que se precie.

El primer capítulo reivindica el valor y el sentido que tiene la acción individual y colectiva del profesorado, por insignificante y costosa que su contribución pudiese llegar a parecer. De acuerdo con las tesis de la autora, el potencial transformador de la escuela radica en las manos de docentes que entienden bien que la educación es un derecho para todas las personas y traducen este convencimiento en un fuerte compromiso consigo, con su alumnado y con la vida en el planeta. Esta línea de pensamiento entronca con el enfoque de las pedagogías críticas representadas por autores de la talla de Paulo Freire, Peter Mc Laren, Michel Apple, Henry Giroux, Stephen Kemmis, Jeannie Oakes o Arnetha Ball, entre muchos otros, ya que pone el acento en el desarrollo del pensamiento crítico de cada individuo en aras de la justicia y la equidad en el seno del sistema educativo y con proyección a la sociedad. Porque no es lo mismo producir que reproducir cultura, preguntar que limitarse a responder, actuar informadamente que obedecer a ciegas,

¹ Universidad Ramon Llull, Barcelona, España,
email: mariacarmebt@blanquerna.url.edu



reconocer la sabiduría popular que invalidarla frente al conocimiento científico, vivir los valores en el día a día que estudiarlos sobre el papel, o educar desde la horizontalidad que en la asimetría.

Es muy de agradecer que los conceptos que se manejan (cultura escolar, clima, convivencia, violencia interpersonal, conflictos, violencia institucional) están bien fundamentados y expuestos con tanto rigor como claridad, lo cual facilita enormemente su asimilación y retención. Además, en el campo de la resolución de conflictos, se ha demostrado que la violencia responde a un comportamiento aprendido y que, por lo tanto, se puede desaprender. Esta misma aseveración sirve de motor de arranque a otros modos de expresar las discrepancias que llevan a comprender que los conflictos son un fenómeno completamente natural.

Entonces, depende de las personas renunciar a la violencia o apoyarla ya que, como se remarca en el libro, en ningún caso los abusos están justificados. Esta última aportación no es baladí porque en la escuela y en la sociedad todavía hay quien argumenta diversos tipos de agresión como método de aprendizaje. No está de más, pues, que en el texto se rompa este mito y se expongan abiertamente las formas de socialización reproductoras de violencia por la enorme influencia que ejercen en el alumnado para quien, en ocasiones, tales conductas constituyen su único referente. A tal efecto, el análisis exhaustivo de las distintas tipologías de violencia, sus actores y escenarios cubre el espectro de formas de relación negativas presentes en la mayoría de las escuelas y, gracias a los ejemplos con que se ilustran, cualquier docente puede reconocerlas e, incluso, ver reflejada su propia realidad.

Generalmente, los trabajos sobre convivencia positiva versus violencia escolar se focalizan únicamente en las relaciones interpersonales que se forjan entre el alumnado olvidando a las personas adultas de la comunidad. Ya es hora de que surjan

voces, como la de la Dra. Berenice Pacheco-Salazar, que se atrevan, por fin, a ampliar la mirada hacia los equipos docentes para ofrecerles recursos con que lidiar ante sus propios conflictos.

Por ello, el primer capítulo concluye poniendo sobre la mesa la cuestión de la violencia institucional, eso es, de la escuela hacia los individuos y la sociedad y viceversa. Aquí aparecen dos tipos de violencia subyacentes a las relaciones interpersonales (violencia estructural y violencia cultural) más invisibilizadas y comúnmente aceptadas, que se justifican en base a normas y tradiciones injustas que perviven en el seno de la sociedad y que son el mecanismo de ignición de las agresiones directas de una persona o grupo hacia otros.

El segundo capítulo ya se destina a sentar las bases del buen trato en la escuela y la estrategia que presenta la autora no podría ser más acertada. Al sustentar el edificio de la convivencia sobre la participación nos alejamos automáticamente de los modelos paternalistas que entienden la protección de la infancia y la adolescencia en base a su dependencia del adulto, quien se erige más como benefactor que como educador. También cambia el rol del alumnado que, saliendo de la pasividad y la obediencia, se considera capaz y, por ende, responsable activo de las decisiones que toma, los proyectos que emprende, el comportamiento que exhibe y los sueños que persigue individual y colectivamente.

Conceptos esenciales a la hora de reflexionar sobre el derecho de participar como el adultocentrismo, la función de las normas de convivencia democrática, los escenarios para la participación y la forma de propiciarlos, la comunicación efectiva, el liderazgo distribuido y el aprendizaje colaborativo, constituyen las piedras angulares de esta parte del libro. Curiosamente, la lectura de este capítulo consigue generar una sensación de entrada de aire fresco en la escuela que resulta liberadora también para el adulto. Aquí se trata de hacer pedagogía,

que es lo que interesa, lo que agrada y lo que motiva a pervivir en una profesión que la mayoría de los y las docentes, a pesar de los enormes retos que deben afrontar constantemente, confiesan que les encanta.

Sin lugar a duda, la escuela debe enseñar a convivir en democracia para que, llegado el momento, las niñas y los niños dispongan de las herramientas apropiadas para ejercer la ciudadanía, pero este enfoque, tal y como se denuncia en el libro, es extraordinariamente restringido y limitador puesto que, en verdad, no hace sino posponer la participación a la edad adulta empujando nuevamente a las personas por debajo de los dieciocho años. Lo cierto es que los centros educativos deben erigirse en bastiones de democracia, en espacios donde todo el mundo puede ejercer y ejerce sus derechos en el presente. Para ello, es necesario reconocer el papel que le corresponde al alumnado, aprender a compartir el poder e incluir a niñas, niños y adolescentes en los asuntos de gobernanza escolar. La participación, tal y como la entiende la autora es, ante todo, una experiencia.

En el tercer capítulo se aborda abierta y honestamente una de las temáticas más candentes en las escuelas de todo el mundo: la diversidad. En este caso, el problema, no se debe a la falta de reconocimiento de las diferencias manifiestas entre el alumnado, porque es del todo evidente que no existen dos personas idénticas en cuanto a ritmo de trabajo, motivación, capacidades, prioridades, carácter, estilo de aprendizaje, composición familiar, dificultades, preferencias amistosas, objetivos, etc. Las diferencias son infinitas, sin embargo, se suelen asociar de manera verdaderamente limitada a los déficits de tipo sensorial, cognitivo, conductual o funcional. Aunque tampoco es este el problema de fondo. El quid de la cuestión más bien radica en la misma concepción del sistema educativo que agrupa al alumnado por edad cronológica, lo cual lleva a presuponer su homogeneidad.

Las pedagogías de la homogeneidad, aún sin gozar de base científica alguna, han colonizado los estilos didácticos de manera generalizada causando infinidad de disfunciones en las escuelas y actuando, casi siempre, en contra de las necesidades del alumnado que, o bien frena para no salirse de la vía marcada, o corre sin aliento intentando alcanzar la meta en el tiempo previsto. Llama poderosamente la atención que todavía existan docentes quejosos de que determinado alumno o alumna no le siguen, cuando lo propio de un profesional es saber dar respuesta a los desafíos que plantea su oficio poniendo en juego recursos, herramientas y estrategias variadas. Porque lo cierto es que no hay una metodología didáctica que funcione con todo el mundo, de lo cual se deduce que cuantas más alternativas se ofrezcan mayor probabilidad de éxito.

La Dra. Berenice Pacheco-Salazar demuestra que conoce muy bien el terreno que pisa, ya que se aproxima repetidamente a la realidad de las aulas para ejemplificar las dudas y reparos que se suelen poner a la hora de prestar atención a la diversidad. Además, no se detiene en defender la inclusión de todo el alumnado, sino que pone el dedo en la llaga cuando califica la falta de atención a la diversidad como otra de las formas de violencia presentes en la escuela, en tanto en cuanto niega fehacientemente el derecho a la educación a buena parte de niños, niñas y adolescentes.

Acto seguido, el problema del fracaso escolar se analiza desde ambos lados del espejo, considerando las necesidades que presenta el alumnado sin olvidar los déficits del profesorado, y se conmina a los equipos docentes a descubrir el potencial de niños, niñas y adolescentes para, así, plantear un aprendizaje significativo que favorezca su pleno desarrollo. Esta forma de ver las cosas es, a su vez, la mejor manera de promover un sistema educativo de calidad, no discriminador y libre de violencia que utiliza la diversidad humana para enriquecerse e impulsarse.

Generalmente, se suele analizar la diversidad como un fenómeno individual que, por tanto, debe abordarse de modo particular, lo cual no es del todo cierto. Según los presupuestos del diseño universal para aprendizaje, también conocido por las siglas DUA, inicialmente formulados por Tony Booth, Mel Ainscow, Anne Meyer, David H. Rose y David Gordon, principalmente, a la hora de garantizar un aprendizaje inclusivo se deben eliminar todo tipo de barreras, atender todas las necesidades, potenciar todas las capacidades y fomentar el progreso de todo el mundo. Ello significa que el grupo entero se ve beneficiado de la aplicación de medidas de atención a la diversidad y que cada alumno y cada alumna son, palpablemente, piezas únicas e irrepetibles del engranaje sin las cuales el grupo no funcionaría correctamente.

Entre las recomendaciones de la autora para hacer efectiva la inclusión en el aula, se insta al profesorado a conocer bien a cada alumno y alumna, diseñar programas de enseñanza y aprendizaje flexibles, promover la participación, eliminar cualquier barrera, realizar distintos tipos de agrupación, utilizar metodologías variadas y activas, tener en cuenta las inteligencias múltiples y favorecer el desarrollo socioemocional.

A continuación, el capítulo cuatro sirve para recordar que el juego es una actividad muy seria, al menos en la infancia, donde genera multiplicidad de aprendizajes. Niños y niñas podrían afirmar “juego, luego existo”, porque hay un gran número de competencias que se practican y afianzan lúdicamente, destacando todo lo que tiene que ver con la interacción interpersonal. No obstante, los espacios de juego libre no están exentos de violencia porque imitan el mundo real y reproducen sus desigualdades. En este sentido, la autora hace muy bien en señalar que el aprendizaje escolar no se reduce únicamente a lo que sucede entre las cuatro paredes del aula, sino que también hay que poner la lupa en aquello que acontece en los tiempos de recreo y descanso, porque es ahí donde se construyen valores

entre iguales. Tal vez el fomento de la creatividad, los juegos cooperativos, la gamificación de algunas situaciones de aprendizaje y el rechazo radical a los juegos que entrañan violencia constituyan un buen punto de partida.

Como en capítulos anteriores, el texto apunta a maestros y maestras como motores de cambio. Su rol proactivo debe anticiparse a la aparición de los conflictos mediante propuestas innovadoras que transformen, en esta ocasión, las maneras de jugar del alumnado. Una de las sugerencias más interesantes que encontramos en el libro es la creación de grupos artísticos y culturales de baile, teatro, música, escritura, etc. que den salida a formas expresivas divergentes, de tal modo que los talentos más variados encuentren su espacio y, al mismo tiempo, surjan lazos de pertenencia a la comunidad educativa.

El quinto y último capítulo gira entorno a la igualdad de género, desmintiendo falsas creencias largamente establecidas e insistiendo, una vez más, en la obligación de dar las mismas opciones a las niñas que a los niños. Más aún, de lo que se trata es de erradicar las formas de violencia instauradas por el patriarcado hegemónico que han conseguido que las mismas mujeres acepten de manera acrítica los roles, casi siempre secundarios, que les han sido asignados.

Obviamente, ante la desigualdad el papel de la escuela es crucial, si bien difícil. Por una parte, los equipos docentes tienen un evidente sesgo de género debido al predominio de mujeres en una profesión enfocada al cuidado de niños y niñas. Ello implica que las primeras que deben liberarse de la carga ideológica de la desigualdad de género son las maestras y, por descontado, los maestros. Por otra parte, en cuestiones de género, la sociedad avanza y retrocede sin que haya acuerdo unánime a la hora de rechazar la mayoría de los estereotipos fuertemente arraigados en cada comunidad. Eso es así, en parte, porque la generación adulta tiende a socializar a la nueva aplicando prácticamente

los mismos patrones con que fue criada, por lo que acaban siendo los jóvenes quienes deben librarse de la presión para conquistar paso a paso nuevas y mejores formas de vivir.

Como muy bien expone la autora, la desigualdad de género no es innata e imposibilita la convivencia positiva vulnerando los derechos humanos. Es por ello por lo que la escuela debe estar atenta a las expectativas que proyecta sobre el alumnado, al trato que le ofrece, a los conocimientos y valores que promueve, a desenmascarar los prejuicios ocultos en los libros de texto y demás materiales didácticos, a la normalización del uso de la violencia por parte de los chicos y al testimonio de vida que cada cual ofrece.

Pero con lo anterior todavía no hay suficiente, se requiere educar para la igualdad poniendo en primer término el respeto a los derechos humanos de todas las personas sin ningún tipo de excepción. La convivencia pacífica y el buen trato redundan en la salud y la seguridad de todos y todas favoreciendo el surgimiento de nuevos roles más acordes con los valores democráticos. De nuevo, el currículum oculto, es decir, aquello que se aprende de manera implícita, ocupa un lugar destacado en la escuela, ya que es en el quehacer del aula, en los discursos y en las actitudes cotidianas donde verdaderamente se pueden y se deben poner en práctica aquellos mecanismos de igualdad capaces de reconocer y validar la contribución de las mujeres a la sociedad. Todo esto sin desmerecer, ni mucho menos, las actividades didácticas específicamente creadas para trabajar la igualdad y la coeducación de manera explícita tanto en el aula como en los espacios de juego.

Si en cualquier asunto educativo la complicidad familia-escuela resulta insoslayable, más todavía en relación con la igualdad de género. No es de extrañar, pues, que llegados a este punto en el libro se haga referencia a la familia como agente de

socialización primaria y potente transmisor de modelos que pueden ser violentos o igualitarios. Trabajar codo a codo con las familias es, claramente, la mejor y más efectiva manera de andar el camino que ha de ayudar a desaprender las injusticias para repensar formas más responsables de actuar, tanto en la escuela como en casa, en vista a erradicar las múltiples formas de violencia asociadas al género y conquistar la igualdad.

Por todo lo dicho anteriormente, “De la violencia a la solidaridad” es una lectura ineludible que ayuda a las instituciones educativas a salir del desconcierto y la confusión ante los notables cambios que acaecen en la sociedad y que, de entrada, no siempre son positivos. Desde luego, las violencias, tema de fondo de esta obra, no aportan nada a la dignidad humana ni a la vida en el planeta. Las cuestiones tratadas son fundamentales y reales; se abordan de manera directa, conectando a la perfección con lo que ocurre actualmente en la gran mayoría de las escuelas. Como ya se ha podido deducir, la autora no se limita a poner el dedo en la llaga de las distintas violencias que atenazan a las nuevas generaciones, sino que aporta soluciones. Sus sugerencias son verdaderamente útiles de cara a transformar la práctica. Eso sí, cada cambio requiere la iniciativa y la complicidad de las mismas personas a las que va dedicada esta obra: los y las enseñantes.

Como consideraciones finales, la autora realiza una interesante reflexión acerca de la intencionalidad y persistencia que deben exhibir quienes se dedican a la educación, dos actitudes parejas al esfuerzo y la constancia, porque para lograr algo valioso no basta con creer en ello, hay que insistir y confiar. Ciertamente, sin claridad, voluntad y determinación resulta difícil, por no decir imposible, emprender la ardua tarea de contribuir al cultivo de la paz arrancando las violencias presentes en la escuela y sembrando, a continuación, las frágiles semillas de la solidaridad. Por consiguiente, de lo

que se trata, una vez leído el texto, es de detenerse a pensar hacia donde desea avanzar la escuela para luego poner manos a la obra.

Tal advertencia es pertinente porque uno de los obstáculos con que hoy en día se topa la formación docente es el escaso efecto que produce en el aula. Así es, un taller, una conferencia, o una lectura por muy inspiradoras y sugerentes que resulten, en el campo educativo carecen prácticamente de valor si no consiguen impulsar cambios reales que mejoren el aprendizaje de quienes son niños, niñas y adolescentes hoy mismo. Mientras las intervenciones puntuales tan solo tocan superficialmente la realidad, cayendo pronto en el descuido y el olvido, los cambios de mayor calado que se mantienen en el tiempo son los que permiten transformar el entorno y progresar.

Para concluir, recordaremos las magníficas palabras de Albert Camus, ganador del Premio Nobel de Literatura en 1957, quien en su colección de ensayos titulada “El verano” escribe: “En mitad del invierno aprendía por fin que había en mí un verano invencible” (Retorno a Tipasa, 1953). De modo análogo, la Dra. Berenice Pacheco-Salazar contagia, a través de las páginas de este libro, su total convencimiento de que frente a la violencia “tiene que haber un camino mejor”.

Referencia

Pacheco-Salazar, B. (2022). *De la violencia a la solidaridad. Claves para la mejora de la convivencia escolar*. Narcea.